

Parte I



Mesoamérica y sus primeras imágenes europeas



I | Panorama lingüístico mesoamericano

ALONSO GUERRERO GALVÁN

DIRECCIÓN DE LINGÜÍSTICA DEL INAH

SUMARIO: *Introducción; I. Los otomíes; II. Los nahuas; III. Los mayas; Reflexiones finales; Bibliografía.*

Introducción

La lengua española cuenta en América con cerca de 500 millones de hablantes, por lo que es por mucho la lengua más hablada del continente, pero, como es sabido, no se originó en él; procede de la familia indoeuropea y pertenece de la rama italoceLTica, que se divide en céltica e itálica, de esta última surgieron las llamadas lenguas madres: osco, umbrío y latín. Durante el imperio romano el latín era considerado el vehículo de expansión de la cultura y con él la escritura alfabética, por lo que se desarrolló una forma culta –con apego a la norma escrita– y una vulgar (con gran variación oral), de esta última surgieron las lenguas romances. El español surgió con la decadencia del imperio romano y el desarrollo de las provincias en Hispania.¹ Desde su origen, la lengua española tomó elementos de otras lenguas como el griego, del hebreo, el árabe y de las lenguas visigóticas; en términos léxicos se podría afirmar que cerca de un 75 % de palabras españolas son de origen latino y el 25 % restante de otras lenguas.

Además del español, hoy en día existen en América entre 625 y 950 lenguas indígenas, en México se registran cerca de 368 variantes lingüísticas que sobrevivieron a los tormentosos siglos XVI y XIX. Al momento del contacto se calcula que había entre 147 y 265 lenguas, de las cuales aproximadamente 113 desaparecieron al inicio del siglo XVI (Cifuentes y García 1998: 32, 293-303). Uno de los primeros estudiosos mexicanos de las “Lenguas de México” fue Orozco y Berra (1864: 54-62.), quien las clasificó en once familias:

¹ Las primeras novelas escritas en español fueron el *Amadís de Gaula* que data del siglo XII y el *Mío Cid*, que son cantos en torno a la figura de Rodrigo Días de Vivar, quien glorificó al rey español.

- I. Mexicana,
- II. Othomí,
- III. Huasteca-Maya-Quiche,
- IV. Mixteca-Zapoteca,
- V. Matlatzinca,
- VI. Tarasco,
- VII. Opata-Tarahumar-Pima,
- VIII. Apache,
- IX. Séri,
- X. Guaicura,
- XI. Cochimí.

Desde una perspectiva culturalista, que tomaba en cuenta los límites geográficos y la composición étnica, Paul Kirchhoff (1964) propuso para el momento del contacto en el siglo XVI una división lingüística de Mesoamérica en cinco partes:

- I. La primera engloba las “tribus” de idiomas desconocidos, sobre todo los que vivían en el centro norte de México;
- II. La segunda la ocupan las familias lingüísticas maya, zoque y huave, y que forman el grupo zoque-maya o macro-mayence (incluido el Teenek o huasteco);
- III. La tercera en la que incluye todas las lenguas del macro-otomangue;
- IV. La cuarta incluye a la familia yutoazteca (nahua, cora, huichol);
- V. La quinta a las familias tlapaneca-subtiaba y tequisisteca del grupo hokano.

Después de estas clasificaciones se han publicado muchas más, sobre todo basadas en las propuestas de Orozco y Berra. Joseph Greenberg en 1987 prefería hablar de tres troncos o *stocks*, pertenecientes al *filium* amerindio en Mesoamérica. Por un lado, el tronco *californiano* o *peneutiano-mexicano*, que incluye huave, mayas, mixteco-zapoteco, totonaco. El hokano con seri, chontal y coahuilteco. El tronco *amerindio central*, en que entran los grupos otomangues, que incluyen el amuzgo, chiapaneco, chinanteco, ixcateco, mangue, mazahua, mixteco, otomí, pame, populuca y zapoteco. El tercero sería el *yutoazteca* con el cora, mexicano, azteca, náhuatl, ópata, papago, pima, tarahumara, varogío y yaqui (Cifuentes y García, 1998: 41). En la actualidad, la clasificación más aceptada es la de Leonardo Manrique (1994-2000) que cuenta con catorce familias lingüísticas, y que es bastante cercana a la que se oficializó en México con el Catálogo de Lenguas Nacionales (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2008) que registra 68 agrupaciones lingüísticas, 364 variantes y 11 familias, que son:

- I. Álgebra
- II. Yutonahua
- III. Cochimíumana
- IV. Seri
- V. Otomangue
- VI. Maya
- VII. Totonacatepehua
- VIII. Tarasca
- IX. Mixezoque
- X. Chontal de Oaxaca
- XI. Huave

A manera de introducción y como testimonio del complejo entramado sociolingüístico pre-existente al “descubrimiento” europeo de Yucatán, en los siguientes apartados se hace un sintético recorrido por los aspectos más relevantes de la historia prehispánica de tres de estas familias lingüísticas: los otopames, los nahuas y los mayas.

I. Los otopames

Paul Kirchhoff (1964: 3-4) fue el primero en proponer un marco grupo de lenguas otomangueanas, que incluyera:

todas las tribus, menos 2 de la familia otomí, chochopopoloca y mixteca que parecen formar, junto con la familia chorotegamangue, un grupo llamado otomangue; y todas las tribus de las familias trique, zapoteca y chinanteca que otros consideran emparentadas con el grupo anterior, formando un gran grupo llamado macro-otomangue. [...] De todas las familias lingüísticas que forman parte de Mesoamérica, sólo una, la otomí, tiene algunos miembros (los pames y jonaz [...]), que no pertenecen a este conjunto cultural.

Este gran tronco incluye las familias que Manrique (2000) denomina oaxaqueña, mangueña y otopame. La unidad de la familia otopame (dividida internamente en lenguas pameanas y otomianas), se había propuesto ya desde 1937 por Jacques Soustelle (1993), quien agrupa bajo esta denominación a las lenguas otomí, mazahua, matlazinca, ocuilteco, pame y chichimeca jonaz. Lo que Daniel Cazes (1983) denominaba el *macrofilium hña-maklasínka-meko* (otopame). Cada una de estas lenguas tiene un diverso número de variantes, la lengua más diversificada es el otomí, cada una de sus variantes posee un etnónimo que la identifica sociolingüísticamente, pues cambia dependiendo la región y la

variante dialectal como *hñaho* (característico de la región suroccidente), *ñöñhö* (noroccidente), *ñahño* o *n'yühü* (sierra-este). Ewald Hekking (1995: 8) afirma que:

Los otomíes denominan a su lengua *hñahño* y a sí mismos *ñahño*. Son palabras compuestas, cuyo morfema *ñä* significa 'hablar' y cuyo último morfema no se sabe muy bien el significado. La h-o el primer morfema equivale al morfema español del participio pasado '-ado', de modo que *hñä* quiere decir 'hablado' o 'lengua'. Hay hipótesis que dicen que *-hño* es una derivación de la palabra *xiñu* (nariz), por lo cual *ñahño* significaría 'el que habla por la nariz', refiriéndose a los sonidos nasales de la lengua otomí. Sin embargo, esta hipótesis no me convence por parecerme poco probable que un grupo etnolingüístico caracteriza a su propia lengua como una lengua pronunciada por la nariz. Yo sostengo que *hño* podría ser una derivación de *xi hño*, palabras que significan 'esta bien' o 'es bueno', por lo cual *ñahño* significaría 'el que habla bien' y *hñahño* tendría el significado de 'lo que se habla bien'.

De manera similar el etnónimo del mazahua o es *hñatho* o *jñatjo*, según Antolín Celote (2000: 13):

Los mazahuas se denominan *jñatjo*, que es una palabra compuesta, constituida por la raíz *ña* del verbo en infinitivo 'hablar' y al prefijarse la fricativa aspirada *j-* a la raíz [...] se sustantiviza '*jña*' con el significado de 'palabra' y cuando *jña* es sufijada por el elemento *tjo* que significa 'nomás', la palabra compuesta *jñatjo* que es como se denomina la lengua mazahua y al grupo étnico. Por lo anterior el significado de la palabra es 'los que hablan la palabra'.

Debido a esta semejanza, Daniel Cazes (1983: 255) afirma que ambas lenguas forman la familia *hña*, y que junto con la familia *maklasínca*, que agrupa las lenguas *maklasínka* y *tlawíka* forman linaje *hña-maklasínka*, lo que hoy se conoce como grupo de lenguas otomianas. El matlatzinca, *makasínka* o *pinrinda*, junto con el *tlawíca*, el ocuilteco y el atzinca o *yäkokhó*, se desarrollaron en la zona de los valles de Toluca e Ixtlahuaca. Quezada (2000: 165) afirma que:

Los indígenas que habitaron el área fueron hablantes de matlatzinca y ocuilteco, lenguas derivadas del otomí suriano; en tanto que el otomí central dio origen al otomí y al mazahua. Estos cuatro grupos lingüísticos [...] cohabitaron con algunos núcleos de población nahua. Geográficamente el otomí-mazahua se localizaba en la parte norte del Valle de Toluca, y en el sur del actual Estado de México; en tanto que el ocuilteco se ubicaba al sureste.

Sobre la separación del matlatzinca y el ocuilteco, Leopoldo Valiñas (2000: 94) afirma que el contacto lingüístico entre las dos lenguas continuó hasta “mediados del periodo colonial (y eso, en caso de querer hablar de momentos de separación entre ambas lenguas)”.

El segundo linaje en que Cazes (1983) divide el *macrofilium* hña-maklasínkameko es el *meko* que abarca tanto a la familia *xíyui-ñáhu* que incluye las lenguas *xi’oi*, *xíyui*, *xi’ui* o pame del norte y el ñáhu, *nyaxu* (en Hidalgo), *re nuye eyyaw* (en Querétaro) o pame del sur (Bassler s/f: 5); y la familia *úzè’ëni* integrada por el chichimeco jonaz o *úza’*. Lo que hoy se conoce como grupo de lenguas pameanas.

David Wright (1999) con base en diversos estudios de esta naturaleza afirma que hacia el 5000 a.C., en el Altiplano Central existían grupos con una agricultura incipiente que hablaban un idioma *protootomangue*, y comenzaba diferenciarse un *protootopame*, el cual comenzó a tener diferencias internas un medio milenio más tarde entre 4000-4500 a.C. Después de estas fechas el *protootomangue* comenzó a tener mayor diferenciación interna; surgió un *protojonaz*, un *protopame*, un *protootomí-mazahua* y un *protomatlatzinca-ocuilteco*. Hacia el siglo II d.C., se diversificó el *protopame* en los ancestros del *pame* del norte y *pame* del sur, en el siglo V el *protootomí-mazahua*, y en el X el *protromatlatzinca-ocuilteco*. Por lo anterior concluye que la mayoría de los idiomas de la rama *otopame* ya se encontraban diferenciados durante el *posclásico temprano* (900-1200 d.C.).

Los grupos *otopames* sin duda ocupaban un lugar importante en la población del Altiplano Central, compartiendo parte de los núcleos agrícolas de cultura mesoamericana, sobre todo los grupos otomíes, matlazincas y ocuiltecas, por lo que Wright (1989, 1999) considera que estos grupos habitan los valles de Toluca, Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala al menos desde el 4000 a.C. El autor ve en Tlapacoya, Tlatilco, Cuicuilco y Teotihuacan, probables sitios de antiguos asentamientos *otopames*.

Existe un gran debate sobre cuáles eran las lenguas que se hablaban en estas ciudades arqueológicas, sin embargo, todo se inclina hacia una composición pluriétnica, pluricultural y plurilingüística. Con respecto a Teotihuacan, Eduardo Corona (1998, s/p) afirma que se le puede considerar como una:

Ciudad Estado [que] presenta una diferencia social y de trabajo, correspondiente a la caracterización pluriétnica [...] otomangue, nahua, maya, totonaca y zapoteca, lo cual además de permitir relaciones de intercambio y complementariedad con las regiones de origen de estos grupos étnicos, implicaba diferencias de actividad dentro del complejo urbano ligadas a su identidad étnica y relacionadas con la agricultura o el trabajo rural, el intercambio, y el trabajo especializado en la alfarería, obsidiana y escultura.

Con respecto a este tipo de sociedades compuestas, Pedro Carrasco y Jesús Monjarás-Ruiz (1998: 27) afirman que:

“La sociedad prehispánica constituía un sistema plurétnico en el que distintas etnias dominaban sendas ciudades o señoríos coordinados en sistemas políticos regionales más amplias. Más aún, dentro de un mismo señorío coexistían parcialidades y estratos sociales de filiación étnica distinta, formando lo que Kirchoff [en 1963] llamó pueblos compuestos”.

II. Los nahuas

Al igual que como veíamos para el otomí y el mazahua, la etimología de la palabra *náhuatl* (< *náwa* ‘buen sonido’, *tl* absoluto) tiene que ver con el sentido de “hablar bien”, pues la raíz *náwa* apela a un sonido claro o agradable. Esta lengua procede de la rama aztecoide de la familia yutoazteca. Wright (1999: 26-32) afirma que un protonáhuatl comenzó a separarse de la familia yutoazteca hacia el siglo IV d.C., junto con el *pochuteco* de Oaxaca. El *pipil* se separó del tronco nahua hacia el siglo IX d.C. Los coras y los huicholes al parecer se separaron del protoaztecoide hacia el siglo I a.C., el huachichil hacia 1300 d.C., y el tepehuano y zacateco cien años después.

José Luis Moctezuma (2001) afirma que el protoyutonahua se separó en cinco protogrupos hace 2500 años; destaca los trabajos de Jane Hill quien propone en base a estudios léxicos y arqueológicos, que el origen de los protonahuas es en la cuenca de México y de ahí se expanden hacia el norte empujados por una sobrepoblación del Altiplano; por lo que el *Home Land* de estos grupos no sería en el noreste de México o Suroeste de Estados Unidos, como se afirma tradicionalmente. Pero esta versión se antoja demasiado cercana a las fuentes nahuas del primer periodo colonial.

Lo importante en este trabajo no es comprobar la veracidad de estos u otros argumentos, sino destacar que el náhuatl no es un “lengua madre” (en un sentido lingüístico), como se considera popularmente, sino que se trata de una variante poco predominante del *protoyutoazteca*; esta falsa afirmación se ha generalizado porque, según Valiñas (2010), en México la arqueología y la lingüística se han alejado de la antropología dentro de su ejercicio, en tanto que no se vinculan con las teorías antropológicas, para contrastar los datos obtenidos y hacer los correlatos entre las fuentes de las diferentes disciplinas antropológicas. No obstante, entre los académicos hay consenso en que los yutonahuas se dividieron en dos grandes grupos: norteños y sureños; siendo estos últimos quienes se relacionaron más estrechamente con la súper área mesoamericana.

Entre los siglos X y XIII se desarrollaron las variantes dialectales del náhuatl (norte, occidente, centro); hubo un auge cultural en el área de Mesoamérica nuclear, particularmente en la región de Tula, que se encontraba influenciando a grupos más norteños, de la llamada Mesoamérica marginal o septentrional. Este término de marginal es utilizado en un sentido geográfico, pues en este espacio existen vestigios arqueológicos mesoamericanos, que tienen diferentes auges poblacionales entre 150 a.C., y el 750 d.C.; durante el Protoclásico y el Clásico; así como también importantes etapas de abandono durante el Epi-clásico, en este sentido Wright (1999: 11-13) afirma que:

La diversidad en la composición étnica de la ciudad [de Tula] con grupos de filiación teotihuacana, otomí, zapoteca, nonohualca y probablemente pame-chichimeca, que también jugaban diferentes roles dentro de la ciudad y además conjugaban dentro de un patrón político territorial estatal a varias etnias y regiones que comprendían grupos pame, chichimeca, huasteco y purhépecha, lo cual debió de haber impreso cierta complejidad en su modelo tanto urbano como estatal, modelo que pudo ser similar al del 'Cem Anahuac', cuatripartita y que debió haberse reproducido probablemente en la zona de Chichien Itzá, en donde por cierto localizamos en los murales del juego de pelota representaciones de guerreros que pueden interpretarse como de filiación otomí. El siglo X y el siglo XIII, coincidiendo con el auge y caída de Tula.

Según la interpretación de Guy Stresser-Péan (1995: 15) esta tentativa hegemónica sobre el Altiplano, representada por Tula (siglos X-XII), dio pie al afianzamiento más o menos general de la lengua náhuatl o mexicana:

llamada también [...] azteca. A la caída y ruina de Tula, una época de condiciones climáticas desfavorables originó la llegada de numerosas bandas de guerreros nómadas provenientes del norte, conocidos como chichimecas [...] al contacto con los habitantes autóctonos, a quienes dominaron, no tardaron en convertirse en agricultores y en adoptar la lengua náhuatl.

Tras el desplome Tula (1200 d.C.), se registraron estas entradas hacia el Altiplano Central de grupos chichimecas, tanto otopames, como yutoaztecas; así como diferentes movimientos de población en toda Mesoamérica. Dentro de estas oleadas llegaron los chichimecas de Xólotl (de filiación otopame), quienes se asentaron en los territorios toltecas, dando lugar a los tolteca-chichimecas. En general hay un reacomodo entre los grupos nahuas y otopames de la Cuenca; así como la expansión de los grupos tarasco y sus colonias militares en la Mesoamérica Marginal; configurando procesos de expansión y dominio que

se desarrollarían durante el *posclásico tardío*, entre la Triple Alianza y los grupos tarascos.

A partir del siglo XV, los hablantes de lengua náhuatl conocidos como aztecas, llamados así por ser procedentes de Aztlán, van a ser los personajes principales de la historia mesoamericana. Tras una larga peregrinación custodiada por su dios tutelar Huitzilopochtli, fundan la ciudad de México Tenochtitlan y se convierten en mexicas o tenochcas, los orgullosos pobladores de una vigoroso y complejo Estado que fue maravilla del Nuevo Mundo. Desde este lugar, los mexicas, a la cabeza de una confederación con los señoríos de Texcoco y Tacuba llamada Triple Alianza, establecieron una amplia red militar y comercial que cubrió buena parte de la región mesoamericana, y se convirtieron, en los siglos previos a la conquista, en la sociedad más poderosa de Mesoamérica, lo mismo capaz de influir sobre los pueblos conquistados, que de incorporar a su propia tradición elementos culturales característicos de éstos.

Los mexicas, como luego lo harían los españoles en los primeros años del siglo XVI, se montaron sobre el modo de producción mesoamericano, consistente en el control de los excedentes de una agricultura intensiva, por medio del control señorial, de linaje y la conquista militar de poblaciones de agricultores para la recolección de tributos cada 20 días, el cual se articulaba a un sistema de dones y contradones religiosos en lo que los sacrificios humanos, principalmente extrayendo el corazón, eran el tributo máximo a los dioses.

El sol, la luna y los astros requerían de estos sacrificios para continuar inalterables su curso; para que los innumerables dioses sean propicios y la tierra siga ofreciendo generosa sus dones, la lluvia sea oportuna y los animales crezcan y se reproduzcan; para que la armonía del cosmos se vea correctamente reflejada en el orden de la sociedad, y ésta se levante como la más pujante, estableciendo su poderío y su sacralidad sobre todo el mundo conocido; para que todo esto sucediera se demandó la sangre y los corazones de guerreros y doncellas, de niños y ancianos, ya que los seres humanos fueron creados por los dioses para alimentar la voracidad del Universo.

III. Los mayas

Los primeros cornistas de indias afirman que el término *maya* es un gentilicio de los habitantes de Mayapan, ciudad que a la llegada de los españoles se encontraba a escasos kilómetros de la costa de Caribe en la península de Yucatán, por lo que a la región se le comenzó a conocer como el Mayab, como se registra en el *Diccionario de Motul* del siglo XVII. Según el obispo Landa ([1566] 1959: 41) los indios de Yucatán se reconocían como mayas como símbolo de prestigio, perteneciente a ciertos grupos parentales, y denominaban a su lengua *mayathan*.

Hoy en día es difícil saber la etimología exacta de esta palabra, pues existen muchas etimologías populares plausibles, como la de Ramón Ordóñez que en el siglo XVIII decía que venía de “ma ay ha”, traducida como “tierra sin agua”. Lo mismo sucede para la ciudad de Mayapan, que algunos traducen la “(la tierra de) May, el buen excavador (May ah pan)” o “(terreno) no quebrado (m yapan)”. Voss (2002: 380-398) encuentra que *maya* se relaciona la raíz *mai*, que en choltí significa “dar gracia, dádiva, don”, más una forma instrumental *-a*, de lo que resulta algo como “por medio de los que se ofrenda”, construcción similar a la que tenían los pokomes para denominar a sus sacerdotes o *ah mai* “ofrendador”.

Los lingüistas tomaron el término maya para agrupar en una familia las lenguas emparentadas del Sureste mexicano. En cuanto a su origen, Leonardo Manrique (1989, 1994-2000) consideraba que los grupos mayenses habían tenido una migración norte-sur, lo que los había separado en dos grandes grupos, el grupo *inic* se había establecido en la Huasteca potosina y el norte de Veracruz, mientras que el *winic* se había dispersado en el sureste mexicano.

Esta afirmación tenía como sustento los trabajos de Jiménez Moreno (1942, 1959), para quien el proto-maya era parte del macro-mayance que tenía su homeländ a lo largo de la costa del Golfo, desde el norte de Veracruz hasta el oriente de Tabasco. Para ambos investigadores una cuña totonaco-zoqueana la responsable de romper la continuidad maya, causando la separación de los hablantes de huasteco. Jiménez postula que son los huastecos los que fundan La Venta, por lo que los identifica como pre-olmecas y los denomina *tenocelome*.

Considera que la separación del chicomucelteco y su migración hacia el sur debió darse antes del 350 d.C. Swadesh y Manrique concuerdan en que el homeländ de las lenguas mayas se localizaba hace unos 4500 años en la región huasteca. Manrique considera que en 1600 a.C. ya existían tres dialectos del proto-maya: el proto-huastecano, el proto-cotoque (o chicomucelteca) y el proto-yaxqué. Para el 1500 a.C. las lenguas mayas se encontraban ya claramente divididas en dos grupos: el inik o proto-huasteco y el winik, este último se dividiría en dos grupos: el maya yucateco y lacandón, y al occidente los proto-chol-tzeltalanos. Finalmente, alrededor del 1000 d.C. el huasteco y el chicomucelteco se separaron, migrando los hablantes de la segunda lengua hacia Chiapas y desplazando a los motocintlecos (Suárez, 1995; Manrique, 1994-2000; Valiñas, 2010).

Sin embargo, la evidencia arqueológica actual parece evidenciar lo contrario, los grupos culturales identificados como mayas surgen en la región del Petén guatemalteco, por lo que las migraciones debieron ser sur-norte, por el Golfo de México. Otra evidencia del lugar de origen de este grupo, nos la aporta la lingüística, pues en teoría en los lugares donde hay mayor diversificación

lingüística es donde las comunidades hablantes de estas lenguas han estado mayor tiempo, como sucede en los Altos de Chiapas y el Guatemala, mientras que las lenguas suele ser más homogénea en los lugares donde ha pasado menos tiempo, como sucede al norte de la península de Yucatán con el maya yucateco. Diebold (1960), McQuown (1964), Kaufman (1974) y Campbell (1979) postulan que el homeland de los hablantes de proto-maya se localizaba en los Chuchumatanes alrededor del 2200 a.C. y que desde esa región se separaron los hablantes de proto-huastecano entre el 1500 y el 1000 a.C. Mientras que los de habla proto-yucatecana migraron al norte entre el 2000 y 1000 a.C.

Según Jossierand (1975) la región de las tierras altas de Chalchuapa, en El Salvador, sería el homeland de los hablantes de proto-maya, que se encontraban en la región desde el 2900 a.C., según lo indica la evidencia arqueológica, demográfica y geográfica. Desde ahí el grupo proto-huastecano emigró alrededor del 2200 a.C., el proto-yucatecano por el 1500 a.C. siguiendo los valles fluviales hacia Motagua y dirigiéndose más tarde al Petén y Belice. Entre los años 100 y 200 d.C. se da la división del gran cholano en las lenguas cholanas, por un lado, y las tzotzilanas, por el otro. Este autor postula que la lengua de la elite maya clásica era proto-cholano, demostrado esto por un conjunto de 10 innovaciones fonológicas adoptadas por otras lenguas, y a que la distribución de las lenguas cholanas coincide con el área cultural del Petén.

Por su parte, Clark, Hansen y Pérez (1994) reconocen que es muy probable que desde hace unos 4000 años las tierras bajas hayan estado habitadas por pueblos de habla maya, pues reconocen cierta continuidad histórica de prácticas culturales y de estilos artísticos, calculan que para el 1400 a.C. ya es posible distinguir cinco lenguas mayas: el yucatecano, el kanjobalano, el quicheano, el mameano y el cholano. En el 1000 a.C., tanto en la región montañosa como en las tierras bajas guatemaltecas existe evidencia material de la cultura maya, mientras que estos restos materiales parecen indicar que entre el 800 y el 750 a.C. agricultores provenientes de Belice se movieron hacia las tierras bajas mayas (Valiñas, 2010).

El grupo winic fue el que mayormente se diversificó, primeramente, debió experimentar la separación entre las lenguas las yucatecanas y proto-cholanas. En las primeras surgió el *maya yucateco*, también conocido como *maaya*, *maaya t'aan*, o *maayáa*. Las comunidades hablantes de esta lengua forman maya-yucatecano-nuclear, lingüísticamente se agrupa con el lacandón y forman la rama Yucateco-Lacandón. Actualmente se habla en Campeche, Quintana Roo, Yucatán, y algunas comunidades de Belize (Adelaar y Quesada, 2007).

Reflexiones finales

Durante el descubrimiento y conquista de Yucatán la lengua maya va a ser clave para la comunicación entre los distintos grupos, es de las primeras lenguas amerindias continentales que se reporta por los cronistas e historiadores de Indias. Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo mencionan que indígenas taínos conocían la lengua de Yucatán, ellos serían los primeros intérpretes de los españoles, luego Cortés haría buen uso de Jerónimo de Aguilar, náufrago que aprendería la lengua maya en las cercanías de Chetumal. Si bien esta lengua maya sería la que introduciría a los españoles a América continental, sería la lengua náhuatl la que les daría acceso al Altiplano Central mexicano. Si bien la expedición de Cortés ya venía algún indígena nahuahablante “rescatado” en las expediciones de Grijalva, sería doña Marina o Malinche la “lengua” que permitió la Conquista de México.

Es interesante destacar que en las obras de los primeros cronistas de indias hay gran número de palabras de origen náhuatl o nahuatlismos que a partir de ese momento se integran a la lengua española, no pasa así con otras lenguas mesoamericanas, pues se registran pocos mayismos y prácticamente ningún otomismo; Sin embargo, en la mayoría de las crónicas sí se menciona la bravura de los guerreros de la península yucateca y de los otomíes que se enfrentaron a Cortés al llegar a Tlaxcala.

Como vemos, la historia de una lengua y de sus hablantes puede ser escrita desde muy distintos puntos de vista, su estudio es necesariamente interdisciplinario puesto que se refiere a las relaciones entre la lengua, la cultura y la sociedad a través del tiempo. Es también necesario revisar nuevamente los documentos que los pueblos originarios conservaron como tesoros, así como hurgar en la historia y transformación de las antiguas tradiciones escriturales, la forma en que se han generado los registros, su manufactura y su empleo con fines históricos, políticos y hasta rituales.

México y Centroamérica son la cuna de una de las civilizaciones originales más importantes del mundo, al igual que Área Andina, el Antiguo Egipto (3150 a.C.-31 a.C.), Mesopotamia, el Valle del Indo y China. Las altas culturas de México fueron producto de milenios de desarrollo humano, desde hace 40 mil años se inició el largo camino de la civilización en nuestro continente, un proceso que comprende la aparición de cazadores y recolectores, la domesticación de plantas y el surgimiento de culturas asombrosas que dejaron como muestra de su desarrollo las grandes ciudades del México antiguo.

Bibliografía

- Adelaar, Willem y Diego Quezada. 2007. “Meso-América”, en Christopher Moseley (ed.) *Encyclopedia of the world's endangered languages*. Routledge: New York.
- Cambell, Lile. 1979 “Middle American Languages”, en Lyle Capbell y Marianne Mithun (eds.) *The Languages of Native America: Historical and Comparative Assessment*, pp. 902-1000.
- Carrasco, Pedro y Monjarás-Ruiz, Jesús. 1998. “La estructura interna de la Triple Alianza”, *Arqueología Mexicana*. 32, pp. 42-49.
- Cazes, Daniel. 1983. “Las lenguas hña-maklasinka-meko (otopames)” en Bernardo Pottier (coord.). *América Latina en sus lenguas indígenas*. Venezuela: UNESCO. Monte Avila Editores.
- Celote Preciado, Antolín. 2000 *Usos y funciones del lenguaje entre los Mazahuas: Un estudio de sustitución de la lengua Mazahua*. México: Tesis para optar el grado de Maestro en Lingüística Indoamericana. CIESAS. Directora Martha C. Muntzel.
- Cifuentes, Bárbara y Lucina García, Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia, CIESAS-INI, México, 1998.
- Clark, John; Richard Hasen y Tomás Rérez. 1994-2000. “La zona maya en el Preclásico” en Manzanilla, Linda y Leonardo López Lujan (coords.), *Historia antigua de México, Volumen I: El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y le horizonte Preclásico*, México, INAH-UNAM-PORRUA, pp. 437-510.
- Corona Sánchez, Eduardo. 1998 “Los otomíes y el modo de producción mesoamericana. Apuntes para su discusión.” Ponencia presentada en: *Otopames. 2º coloquio internacional*. México, enero 27-03-1998. MNAH, Auditorio Sahagun.
- Diebold, A.R. Jr. 1960. “Determining the centers of dispersal of language groups”, *IJAL*, 26, pp. 1-10.
- Hekking, Ewald. 1995 *El otomí de Santiago Mexquititlán: Desplazamiento lingüístico, préstamos y cambios gramaticales*. Ámsterdam: IFOTT.
- Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI). 2008. “Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas”, *Diario oficial de la federación*, primera sección, pp. 31-112.
- Jiménez Moreno, Wigberto. 1942. “El enigma de los olmecas”, *Cuadernos Americanos*, 1, 5, pp. 113-145.
- , 1959. “Síntesis de la historia preolteca de Mesoamérica”, en *Esplendor del México Antiguo*. Centro de Investigaciones Antropológicas de México, México.
- Josserand, Kathryn. 1975. “Archeological and linguistics correlations form Mayan Prehistory” en *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1, pp. 501-510.
- Kaufman, Terrence. 1974. *Idiomas de Mesoamérica*. Guatemala, Imprenta de José de Ibarra.
- Kirchhoff, Paul. 1964. *Mesoamérica ... sus límites geográficos, composición étnica y características culturales*. México: ENAH, C.P.A.E.N.A.H., suplemento de la revista *Tlatoani*, edición mimeográfica.
- Manrique, Leonardo. 1989. “La posición de la lengua huasteca”, en Lorenzo Ochoa (ed.) *Huxtecos y Totonacos*. México: CONACULTA.
- , 1994-2000. “Lingüística histórica”, en Manzanilla, Linda y Leonardo López Lujan (coords.), *Historia antigua de México, Volumen I: El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y le horizonte Preclásico*, México, INAH-UNAM-PORRUA, 2000, pp. 53-93.
- McQuown, Norman. 1964. “Los orígenes y diferenciación de los mayas según se infiere del estudio comparativo de las lenguas mayanas”, en *Desarrollo cultural de los mayas*. México: UNAM, pp. 49-80.
- Moctezuma, José Luis. 2001. *De pascolas y venados. Adaptación, cambio y persistencia de las lenguas yaqui y mayo frente al español*. México: Siglo XXI-El Colegio de Sinaloa.

- Orozco y Berra, Manuel. 1864. *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México: precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y apuntes para las inmigraciones de las tribus*. México: Imprenta de J. M. Andrade y Escalante.
- Quezada, Noemí. 2000. “Movimientos de población en el área Matlatzica durante la época prehispánica”, *Estudios de cultura otopame*. 2, pp. 97-126.
- Soustelle, Jacques. [1937] 1993. *La familia otomí-pame del México central*. México: CEMCA, FCE.
- Stresser-Péan, Guy. 1995. *El Códice de Xicotepec. Estudio e interpretación*. México: Gobierno del Estado de Puebla, CEMCA, FCE.
- Suárez, Jorge Alberto. 1995. *Las lenguas indígenas mesoamericanas*. Traducción de Eréndira Nansen. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Valinas, Leopoldo. 2000. “El Matlatzincas y el ocuilteco, ¿eran ya lenguas distintas en el siglo XVI?” *Estudios de Cultura Otopame*. 2, pp. 73-96.
- , 2010. “Historia lingüística: migraciones y asentamientos. Relaciones entre lenguas y pueblos”, en Pedro Martín Butragueño y Rebeca Barriga Villanueva. *Historia sociolingüística de México*. Vol. I. México: El Colegio de México, pp. 97-160.
- Wright Carr, David Charles. 1989 *Querétaro en el siglo XVI. Fuentes documentales primarias*. México: Gobierno del Estado de Querétaro.
- , 1999 *La conquista del Bajío y los orígenes de San Miguel de Allende*. México: FCE.

